

GIUSEPPE D'ANGELO, IL MONACO ROSSO. SALVADOR DE LA PLAZA: UN INTELLETTUALE DIMENTICATO, PAGURO EDIZIONI, MERCATO S. SEVERINO (SA), 2017, 312 PP.

*Carmen Lucia Moccia**
Università degli Studi di Salerno

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2019.29.1.12>

El ensayo de Giuseppe D'Angelo cuenta la vida y el pensamiento de Salvador De La Plaza, intelectual venezolano que se inscribe en el panorama de los estudiosos latinoamericanos entre los años diez y treinta del siglo pasado, quienes sugieren una lectura de la realidad social y económica lejana de los marcos positivistas, modernistas o, simplemente, socialistas. El texto consta de dos partes: en la primera se exponen la vida y la evolución histórica y política del perfil intelectual de Salvador; en la segunda, el ensayo traductológico nos da a conocer la dimensión epistémica, metodológica y cualitativa en la que se desarrollan los escritos del pensador caraqueño. De esta forma, D'Angelo nos cuenta los pasos fundamentales de la vida de Salvador De La Plaza, una vida en la que práctica y teoría se descubren a través de una lucha de y por una sola clase: la de los oprimidos.

* Magister en Ciencias Pedagógicas por la Università degli Studi di Salerno. Sus intereses científicos se dirigen a las figuras femeninas en la pintura latinoamericana del siglo XX, sobre todo con relación al tema del exilio. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7947-074X>. Contacto: cl.moccia@gmail.com

Referencia: Moccia, C. L. (2019). Giuseppe D'Angelo, *Il monaco rosso. Salvador De La Plaza: un intellettuale dimenticato*, Paguro Edizioni, Mercato S. Severino (SA), 2017. *Cultura Latinoamericana*. 29 (1), pp. 273-277. DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2019.29.1.12>



Los de Salvador son pasos figurativos, pasos de un camino de madurez intelectual y personal que llevan al joven caraqueño fuera de sus lógicas nacionalistas que, aunque en De La Plaza adquieren una identidad latinoamericana, lo limitan en su primera juventud en el interior de un portón estrecho y angosto donde se produce el drama de un joven aristocrático en contacto “con toda clase de bichos, empleados de comercio, carreteros, lecheros, mujeres, todos bestiales” (p. 33).

Los pasos de De La Plaza también son pasos dados en la distancia, en el transcurso de sus exilios forzosos: Francia, México, Cuba y Colombia son algunas de las realidades nacionales con las que se relaciona Salvador, quien, en su largo exilio, comprende plenamente la necesidad de adoptar una filosofía de la praxis a través de la cual volver a analizar y asumir el verdadero problema social de Venezuela en términos de un desarrollo antes que todo moral. En este caso la palabra *moral* se caracteriza por una específica dimensión civil, pero sobre todo cultural. En este sentido, la moral de la cual nos habla el historiador caraqueño está pensada como una moral “estructural”, es decir, la moral como base de la personalidad perfecta que debe hacer el esfuerzo de volverse *hegemonía* en el paradójico contexto de un país semicolonial.

Así las cosas, según Salvador es necesario trabajar bajo el signo de la “convivencialidad asociativa”, cuya finalidad sería la búsqueda de la felicidad, entendida como la posibilidad para cada individuo de expresar su propio ser a través de la lucha contra la despersonalización capitalista, una lucha basada en la producción de valores *realizados*, más que materializados.

Es muy interesante observar cómo es la misma dictadura gomecista, con el cierre de las asociaciones estudiantiles en 1912, a estimular indirectamente la creación de un nuevo sujeto político en Venezuela, es decir, los estudiantes. Durante las manifestaciones en las plazas, estos mismos estudiantes son encarcelados y exiliados y luego, en el exterior, maduran nuevas perspectivas sobre la realidad política venezolana, y al regresar a la patria ya se habían liberado de los “héroes” y de los “libertadores”. Sin embargo, a pesar de que De La Plaza había formado parte de esa misma realidad estudiantil, después de algunos años contempla los movimientos estudiantiles de 1928 como una “pelea” sin una verdadera finalidad social, a la cual le hace falta el aspecto pedagógico y organizacional del partido, esto es, una pelea llevada a cabo a través de lemas vacíos y sin *sustancia*.

En este marco es posible entender la controversia entre Salvador De La Plaza y Rómulo Betancourt: allí donde el futuro secretario de



Acción Democrática veía en los movimientos del 28 la creación de un frente de oposición auténtico y genuino, en cambio, el fundador del Partido Revolucionario Venezolano veía una lucha efímera que, además, llegaba con un retraso de más o menos cien años. Efectivamente, en este caso no se trataba de luchar por la independencia, sino más bien de defender a esa misma independencia contra el yugo imperialista de los Estados Unidos que, en aquellos años, lograban cambiar su propio dominio sobre Venezuela, convirtiéndolo de político en económico. Así que las manifestaciones y las revueltas militares del 28 no hacen sino confirmar que la pulga y el piojo ya se habían casado, esto es, en la boda entre dictadura e imperialismo el pueblo fue comido por las propagandas gomecista y estadounidense, en relación con las cuales fueron muchos los que habían creído que se liberarían de Gómez gracias a la ayuda de los *yankees*. De La Plaza no creía en esas propagandas y criticaba con severidad la política del Partido comunista venezolano de Juan Bautista Fuenmayor el cual, a principios de los años cuarenta del siglo pasado, se había acercado mucho al *browderismo*. Al parafrasear las palabras de Salvador, ese acercamiento se había producido olvidándose de la importancia de llevar a cabo el proceso de democratización venezolano por el cual se habían sufrido exilios y encarcelamientos.

Lo que Salvador quiere subrayar en su análisis es la necesidad de enfocar el “tema Venezuela” desde una perspectiva dialéctica marxista, es decir, basada en el movimiento de la realidad concreta. En este sentido, opiniones políticas como las de Fuenmayor resultan como baches en el camino que retrasan la llegada del “porvenir”, ya que la burguesía como clase mediatizada en su desarrollo por el capital imperialista hace bloque con este y el latifundismo. Asimismo, el proletariado —fuerza motriz de la revolución— “cuenta como reservas con el campesinado que lucha por la redistribución de la tierra, con la ayuda de clase media” (p. 150). Todo eso, según Salvador, ocurrirá si la causa independentista y la revolución agraria se juntan y trabajan bajo el signo de la democracia. El objetivo es llevar a cabo el proceso de cambio del sector agrícola mediante una reforma agraria basada en la eliminación de las agobiadoras herencias feudales en los campos y en el desarrollo de las industrias gracias a los ingresos obtenidos por las concesiones petrolíferas, con el fin de invertir recursos de manera “reproductiva”. Para hacer lo que el historiador caraqueño sugiere, es necesario trabajar para lograr la “emancipación económica” para convertir en fundamental la elaboración de un programa político centrado en las reformas indispensables para la creación de



una economía capitalista justamente venezolana porque —como nos explica D’Angelo— según De La Plaza no se trata de escoger entre socialismo y capitalismo, sino entre producir riqueza para su propio beneficio o para el beneficio ajeno. De hecho, es importante que no nos olvidemos de que Venezuela siempre ha sido un país de monocultivos y que, antes el café y luego el petróleo, siempre han sido bases de intercambio para la importación de bienes y manufacturas tanto agrícolas como industriales. Por lo tanto, en sus estudios sobre la situación económica del país, Salvador descubre la contradicción por la cual el petróleo es, al mismo tiempo, una fuente importante de riqueza y también la razón por la cual Venezuela está sometida a EE. UU., cuyas multinacionales explotan, refinan y gestionan el petróleo hasta reintroducir en el mercado venezolano los productos procedentes de la transformación del mismo petróleo zuliano, sacándole provecho a cada paso, desde la explotación hasta la venta. La tesis de la “dependencia económica” de Venezuela es el producto de la alianza entre el capital extranjero y la oligarquía venezolana la cual, al actuar de manera antinacionalista, aunque el subsuelo es de propiedad estatal —así como se aclara en el decreto del Libertador Simón Bolívar del 24 de octubre de 1829—, se conforma con la cantidad sin pensar en la calidad. Esto había llevado a la falta de una real adecuación de las royalties que las multinacionales pagaban a los oligarcas. Para Salvador está claro que en el contexto social y económico venezolano de los años entre las dictaduras de Gómez y Pérez Jiménez no existen las premisas para lograr una diversificación productiva realizada por el capital nacional que pueda reemplazar la tesis de las sustituciones de las importaciones. En otras palabras, De La Plaza considera esencial no solo limitar la explotación del petróleo, sino también optimizar los ingresos económicos del Estado para construir una sociedad que dependiera cada vez menos de esos mismos ingresos, para que Venezuela pudiera dejar de ser una Nación petrolera. De esta forma se entiende claramente cómo, según De La Plaza, el punto de partida para el desarrollo económico del país es el capital nacional, a través del cual alcanzar el crecimiento demográfico de Venezuela, a su vez indispensable para que pueda convertirse en una “potencia nacional” con su propia conciencia identitaria, ya que de esa misma conciencia depende la capacidad de tutelar y garantizar sus recursos, más allá de la adopción de un peligroso proteccionismo económico. Para lograr el objetivo, se necesita una reforma del sector primario basada en el principio de la utilidad pública; así que la expropiación de tierras es algo preliminar a la posibilidad de garantizar tierra de cultivo para



cada agricultor. Al mismo tiempo, la reforma está fundamentada en la racionalización de la producción y del abastecimiento realizada por las cooperativas de consumo y las de producción agrícola que se ocuparán de gestionar los terrenos de manera colectiva, para que “el mero derecho de propiedad no justifique el acaparamiento de tierras llanas” (p. 136). Así las cosas, también el proceso de industrialización (específicamente la industria de base) sacará provecho de la reforma del sector primario, o sea, por fin la industria se alimentará de “recursos renovables” venezolanos, que circularán por nuevas y mejoradas vías de transporte; el petróleo se convertirá en un elemento secundario y marginal en el sistema económico venezolano, ya que en esta época, parafraseando a Salvador, lo único que el petróleo le brinda a Venezuela es capital ajeno y corrupción interna. Resulta claro como el único y verdadero fortalecimiento de la economía venezolana está en esa moral estructural de la que se hablaba al principio de este análisis. Una moral estructural basada en el descubrimiento de su propia identidad venezolana, ya que sin identidad no hay moral.

El ensayo de D'Angelo nos guía hacia el descubrimiento de un pensador fuera de la caja, capaz de conjugar marxismo y nacionalismo y ofrecer una “síntesis” orientada hacia el futuro y el compromiso civil y moral, precisamente en el lugar donde se forma el porvenir. De esta manera el autor plantea el papel de un intelectual que se ha armado de espíritu crítico y de “lucidez histórica” para enfrentarse a las dictaduras, los dogmatismos y el fanatismo de una generación dominada por un “idealismo improductivo”. Por lo tanto, adelantando a su época, Salvador puede enseñarnos que “para arreglar las diferencias hay tiempo y está Caracas. Hoy interesa la revolución”.